

## El misterio de la espada que era sable y que desapareció de El Puy. La lucha simbólica por Estella entre carlistas y liberales

Francisco J. Caspistegui Gorasurreta\*

### RESUMEN LABURPENA ABSTRACT

Una visita de Alfonso XIII a Estella, en 1903, puso de manifiesto el escamoteo de un sable que don Carlos entregara en 1874 a la Virgen del Puy. Más allá de la anécdota, el viaje y el misterio de la desaparición encierran la pugna entre liberales y carlistas por el dominio político y simbólico de tierra Estella. El recorrido del monarca sirvió para mostrar la pujanza de unos y otros y sus argumentos en las luchas políticas futuras.

*Alfontso XIII.ak Lizarrara 1903an egindako bisita batek agerian utzi zuen don Karlosek 1874an Puyko Ama Birjinari emandako sable baten bat-bateko desag-erpena. Anekdotaz haratago, Lizarrerrian nagusitasun politiko eta sinbolikoa eskuratzeko liberal eta karlisten arteko borroka ezkututzen dute bidaiak eta desagertzen diren misterioak. Erregearen ibilbidea baliagarria izan zen batzuen eta besteen indarra eta etortzekoak ziren borroka politikoetan izango zituzten arguentuak erakusteko.*

The visit of Alfonso XIII to Estella, in 1903, revealed the hiding of a saber that don Carlos deliver to the sanctuary of the Virgin of El Puy in 1874. Beyond the anecdote, both the journey and the mystery of the disappearance of the weapon enclose the struggle between Liberals and Carlists, by both political and symbolic ways, for the dominance of Estella. The journey of the monarch served to show the strength of each other and the arguments that were to develop in future political combats.

### PALABRAS CLAVE GAKO-HITZAK KEY WORDS

Don Carlos, Alfonso XIII, El Puy, Estella, carlistas, liberales, símbolos.  
*Don Karlos, Alfontso XIII.a, Puy, Lizarra, karlistak, liberalak, sinboloak.*  
Don Carlos, Alfonso XIII, El Puy, Estella, Carlists, Liberals, symbols.

\* Dpto. de Historia, Historia del Arte y Geografía. Universidad de Navarra.

Fecha de recepción/Harrera data: 16-05-2014  
Fecha de aceptación/Onartze data: 25-08-2014

## 1. EL ORIGEN DEL MISTERIO

El día 24 del mes de agosto de 1874, el pretendiente carlista Carlos VII, don Carlos, envió a Estella al Teniente Coronel Joaquín Zubiri, uno de sus oficiales de órdenes. La finalidad de su misión era ofrecer la que en ese momento se denominaba espada, utilizada por el pretendiente carlista desde su entrada en España, el 16 de julio de 1873, hasta igual fecha de 1874. El oficial se personó en el ayuntamiento de la ciudad y propuso la entrega a la Basílica del Puy, señalando por orden del pretendiente “que se servía regalar a la misma Virgen en testimonio de su gratitud”. Más allá de la materialidad de la donación, que evocaba “los mejores tiempos de la monarquía católica y caballerescas de la vieja España”, como evocaba *El Cuartel Real*, contenía el gesto un doble significado para el donante. Por un lado la afirmación católica del carlismo frente a la impiedad de sus oponentes: “Mientras la espada de la república se emplea para perseguir la inocencia, rasgar las leyes y despojar los templos, la espada de la legitimidad es colocada respetuosamente a los pies de la Virgen como emblema de la fe, de la justicia y de la misericordia”. Por otro, restañar la traición cometida en 1839, en El Puy, contra los generales carlistas que fusiló Maroto:

allí donde brilló teñida de sangre leal la espada de la traición, se ve ahora la espada de la lealtad resplandeciente con cien victorias. Donde creían ver muchos ilusos la tumba de la monarquía legítima, se ve hoy a esta misma monarquía más vigorosa, más enérgica, más poderosa que nunca, depositar sus trofeos en el altar de la Santa Virgen, escritos en la vencedora espada de Carlos VII, y he ahí la noble protesta de la lealtad contra la *traición*<sup>1</sup>.

Se evocaba con ello todo un programa de restauración simbólica que buscaba afirmar principios propios, como el catolicismo, la monarquía y la lealtad a un pasado, el de la “vieja España”, que se defendía como uno de los fundamentos del pensamiento carlista. En definitiva, afirmar el trilema y descalificar mediante su empleo al enemigo, incluido especialmente el procedente del seno del propio movimiento carlista.

Aceptó el Ayuntamiento de la entonces oficiosa capital del carlismo la oferta que se le hacía, y decidió comunicar el acto solemne de recepción de la misma a la población “para excitar los sentimientos cristianos”<sup>2</sup>. El sábado, día 29 de agosto, se celebraron diversos festejos para solemnizar la entrega del arma: pero fue en la misa iniciada a las siete de la mañana en la que se hizo entrega de la espada, indicando el oficial carlista “la satisfacción que tenía en cumplir la honrosa misión que le

1 *El Cuartel Real*, 102, 29.08.1874, p. 2. Énfasis en el original.

2 Sesión del Ayuntamiento del 28.08.1874. Archivo Municipal de Estella (en adelante AME), lib. 0189, fols. 74r y 74v.

había confiado el Rey y haciendo votos por la salud del Monarca, por el triunfo próximo de la santa causa y por la prosperidad y engrandecimiento de aquella religiosa población”. En respuesta, el Prior alabó la religiosidad de don Carlos, “augurándole por ella el constante y poderoso apoyo de la excelsa Señora a quien llama la Iglesia *Auxilio de los cristianos*, el triunfo indudable sobre sus enemigos, que lo son a la vez de todo lo noble y lo santo y la admiración y el respeto de las generaciones venideras”. Hubo después un *Te Deum* que siguió la amplia concurrencia, que llenaba el templo<sup>3</sup>.

De manera simbólica se reiteraba algo que era evidente, pero que mediante un acto se reafirmaba y difundía. Asumía la corporación la capacidad de difusión de principios que un acto así representaba y por ello aprovechaba cuantas ocasiones se presentasen para insistir en la misma línea, pues eran conscientes de que al lado de los fulgores cortesanos, la realidad insistía en las imágenes de los desastres de la guerra. Además, el acto de donación del arma, grabada con las victorias que había obtenido el pretendiente, vinculaba el elemento religioso con la causa carlista y el depósito de la misma en la basílica del Puy de Estella suponía el testimonio del parentesco entre la pretensión dinástica y el apoyo religioso que pretendía obtener con la ciudad que le prestaba acogida. De hecho, la inscripción que constaba en ella decía:

Ofrecida a Nuestra Señora del Puy de Estella, en testimonio de su gratitud.  
Carlos.

Desde el 16 de julio de 1873 hasta el 16 de julio de 1874. Ibero, Estella, Allo, Dicastillo, Viana, Montejurra y Somorrostro.

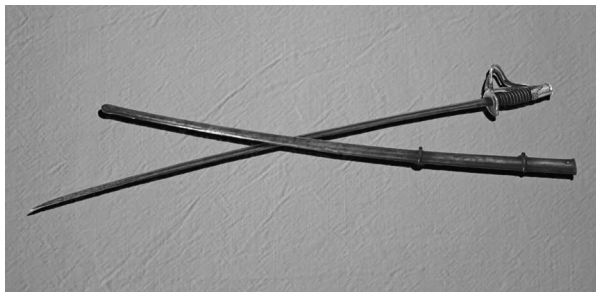


Fig. 1. El arma entregada al santuario del Puy de Estella. Foto de Miguel Lacunza. Agradezco a la generosidad de Joaquín Ansorena la gestión para obtenerla y al prior del santuario del Puy, Javier Razquin, las facilidades otorgadas.

3 *El Cuartel Real*, 103, 01.09.1874, pp. 2-3.

Pero esta misma relación, el nexo político e ideológico que mostraba, provocó que desde la opción contraria se interpretara como un trofeo para los vencedores y testimonio de la derrota no sólo de las armas, sino de lo que las sustentaba, dada su carga doctrinal. Así al menos debieron considerarlo quienes, al caer la ciudad de Estella en manos liberales en el mes de febrero de 1876<sup>4</sup>, vieron en ella mucho más que una mera conquista:

Estella es la población que durante esta guerra civil ha merecido ser considerada como la capital del Pretendiente y la ciudadela de su causa. Vencer al carlismo; arrojarle de los más fragosos montes de Vizcaya y Guipúzcoa, sin amagar a Estella, sin dirigir contra la ciudad santa de D. Carlos el objetivo de nuestras armas, hubiera parecido que era hacer las cosas a medias, hubiera parecido que era abrigar sobre Estella el temor que no se abrigó sobre los fuertes castillos de la Seo de Urgel<sup>5</sup>.

Y dentro de los muros de Estella algo tan emblemático como la “espada”, a cuya donación hemos asistido algo menos de dos años atrás, probablemente supuso un elemento de considerable atractivo en la victoria, también simbólica, sobre el carlismo que se encarnaba en la capital de la zona media.

Ese 19 de febrero, entre la entrega de la ciudad a primera hora de la mañana, y la entrada de las tropas liberales, a las dos de la tarde “con banderas desplegadas y batiendo marcha”, y a las tres el general Primo de Rivera<sup>6</sup>, tres voluntarios de la Libertad, los civiles que habían engrosado las filas anticarlistas, subieron al santuario, se apoderaron de la

4 *El Cuartel Real* recogía en su último número publicado, precisamente el del 19.02.1876, noticias desde Estella del día 18. Ese mismo día *La Correspondencia Española* afirmaba que “[l]a vista de España está fija en los momentos actuales en Estella. La ciudad santa del carlismo [...] ha representado siempre un papel muy principal en nuestras discordias civiles” (19.02.1876, p. 8).

5 *La Época*, 19.02.1876, p. 2. Son muchos los análisis y reflexiones sobre la caída de Estella y su relevancia, seguida con detalle por la prensa de la época. Algunos ejemplos: *El Imparcial*, 19.02.1876, p. 1; *La Iberia*, 20.02.1876, p. 2. Es interesante la crónica que hizo A. Blay La-Casa sobre la toma de Estella y alrededores en *La Correspondencia de España* (21.02.1876, p. 2). En la sesión del Congreso, Antonio Cánovas del Castillo, presidente del Consejo de Ministros, interrumpió la sesión para leer un telegrama urgente: “El general Primo de Rivera al ministro de la Guerra: En este momento, que son las ocho de la mañana, se me ha entregado Estella”. Hubo vítores en el hemiciclo (*La Correspondencia de España*, 20.02.1876, p. 6).

6 *El Globo*, 20.02.1876, p. 3; *El Imparcial*, 20.02.1876, p. 3. Véase el acta de la sesión extraordinaria del Ayuntamiento del 19.02.1876 en la que se recogen los pormenores de la entrada y las gestiones realizadas previamente (AME, Actas sesiones, lib. 193, 050/1/2, pp. 4v, 5r y 5v).

espada y se la entregaron al jefe de las tropas liberales, que en marzo de ese mismo año se iba a convertir en marqués de Estella precisamente por “los relevantes servicios que ha prestado en la toma de Estella”<sup>7</sup>. Muy poco después, el nuevo consistorio constitucional de la ciudad le declaraba hijo adoptivo en sesión del 5 de abril, lo que se comunicó al interesado ese mismo día, justificando la designación en que “después de ceñir en Monte-Jurra el laurel de la victoria soltó magnánimo el acero para ofrecer a Estella domeñada pacífico ramo de oliva y perdón y olvido generosos”<sup>8</sup>.

La cuestión giraba en torno a los aceros, pues tras soltar el propio, recibió el victorioso general el procedente del Puy. Desde ese momento se perdió cualquier pista sobre él, iniciándose un misterio que tal vez lo era menos para quienes habían vivido los hechos.

## 2. UNA VISITA REAL CARGADA DE MORBO

Años después Alfonso XIII, recién estrenado como rey, trazó un plan para recorrer España en esos primeros momentos de reinado. Uno de los objetivos de los viajes que el joven monarca realizó desde su entronización, en 1902, fue estar al tanto de la realidad del país, pero también darse a conocer<sup>9</sup>. En el mes de agosto de 1903 se anunció el inicio de un nuevo recorrido. Desde que circularon las primeras noticias se levantó una gran expectación, pues una de las etapas previstas pasaba por Estella, lo que contenía una evidente finalidad simbólica<sup>10</sup>. Permanecía muy vivo el recuerdo de la última guerra y la representatividad que la

7 Real Decreto de 27.03.1876 (*Gaceta de Madrid*, 88, 03.04.1876, p. 735).

8 La decisión fue sometida al criterio de la Diputación y del Gobernador Civil al día siguiente. Acusó recibo la primera y demostró su entusiasmo el segundo. Fernando Primo de Rivera aceptó la designación en carta desde Madrid del 12.04.1876. Todos estos documentos en el expediente “Sobre declaración de hijo adoptivo de esta ciudad a favor del Excmo. Sr. Teniente General F. Fernando Primo de Rivera”, AME, C<sup>o</sup> 123 (002/3/11). Véase R. PRIMO DE RIVERA: *Los Primo de Rivera. Historia de una familia*, Madrid, La esfera de los libros, 2003, pp. 38-41 para el nombramiento y 67-163 sobre Fernando Primo de Rivera.

9 Sobre estos viajes, véase Javier TUSELL y Genoveva G. QUEIPO DE LLANO: *Alfonso XIII: el Rey polémico*, Madrid, Taurus, 2001, pp. 137-40. La referencia al viaje a Estella en la p. 138. Véase el análisis de otros viajes del monarca: M.E. MELIÁN GONZÁLEZ: *El viaje de Alfonso XIII a Canarias en 1906: antecedentes y repercusiones*, tesis doctoral defendida en la Universitat Autònoma de Barcelona, 1990; R.A. URBANO: *La visita regia. Crónica de la estancia de S.M. el rey don Alfonso XIII en la muy hospitalaria ciudad de Málaga*, Málaga, Universidad de Málaga, 2000.

10 Algunas referencias y anuncios sobre los preparativos: *El Imparcial*, 16.08.1903, p. 2; 19.08.1903, pp. 1 y 2; 20.08.1903, pp. 1 y 2; *La Época*, 19.08.1903, pp. 2 y 3; 20.08.1903, pp. 1-2; *El Siglo Futuro*, 19.08.1903, p. 3; *La Correspondencia de España*, 20.08.1903, p. 3; 21.08.1903, p. 3; *El Eco de Navarra*, 22.08.1903, p. 1-3, etc.

capital de la comarca tuvo en ella, por lo que dentro del recorrido que también incluyó destinos como Logroño, Zaragoza, Jaca o Valladolid, recibió una atención preferente<sup>11</sup>, no exenta de cierta morbosa curiosidad por ver la reacción del carlismo ante la llegada del representante de la dinastía rival.

El alcalde, el conservador Gregorio Goizueta, lanzó un bando impreso en el que hablaba de lealtad e hidalguía, de respeto y agradecimiento y terminaba diciendo: “Por constarle que habéis de comportaros dignamente con tan egregio huésped sin excitaciones de ningún género, no os hace recomendación especial vuestro alcalde”. Días después, la misma mañana de la llegada, otro bando insistía en ello al afirmar: “encarezco que al Monarca y Príncipes se haga una recepción entusiasta a la vez que respetuosa, que corresponda y sea digna de este pueblo culto, como así lo espero de los generosos y nobles sentimientos que siempre han sido distintivo de los habitantes de nuestra querida ciudad”<sup>12</sup>. Eran, en buena medida, los intentos de garantizar, cuando menos, la ausencia de incidentes o de reacciones extremas frente a la visita, mostrando con ello la preocupación existente. De hecho, aunque no recomendara nada a los estellese en particular, sí lo hizo a nivel más concreto: “No cree esta Alcaldía de necesidad dirigirse en forma imperiosa a los empleados municipales, porque siempre han cumplido fielmente no solo las órdenes, sino hasta las más ligeras indicaciones de la autoridad municipal”. Por ello extendía la general recomendación de poner colgaduras y hacer iluminaciones a este sector concreto del municipio<sup>13</sup>.

Ante una expectación tan marcada, no es de extrañar que el diputado local, Joaquín Llorens, carlista por más señas, hiciera declaraciones sobre la actitud de sus electores. Entrevistado por el corresponsal en San Sebastián del diario *La Época*, recogió esta la afirmación de que los carlistas no deslucirían la excursión de Alfonso XIII, que serían respetuosos y que si acudiera algún exaltado montañés, le impedirían cualquier

11 Valga como ejemplo de ello la publicación de un artículo de Pedro Pascual de Olivar y Ruiz de Pazuengos, titulado “La caza en los campos de Estella”, que se justificaba, en nota a pié de página, porque “[e]l viaje de S.M. el Rey y AA.RR. a Estella da cierto carácter de actualidad a todo dato que se refiere a dicha ciudad” (*Gran Vida*, 01.09.1903, pp. 3-4). También el titulado “Estella, la gran ciudad comercial de la Edad Media”, *Alrededor del Mundo*, 223, 10.09.1903, pp. 161-3.

12 “Estellese”, cuartilla impresa, sin fecha (aunque entre el 20 y el 23 de agosto), y borrador de bando del 29.08.1903 (en este caso se trataba de un párrafo considerablemente modificado), ambos en: Exp. “Recepción de S.M. el Rey Dn. Alfonso XIII. Estella, 1903”, AME, Cº 280, 003/8/04.

13 Estella, 26.08.1903. Exp. “Recepción de S.M. el Rey Dn. Alfonso XIII. Estella, 1903”, AME, Cº 280, 003/8/04.

exceso<sup>14</sup>. Y sin embargo, en la prensa carlista el tono de estas palabras fue algo distinto, pues afirmaba para sus correligionarios que los carlistas estellesses “guardarán una actitud de respetuosa indiferencia a la llegada de don Alfonso, lo mismo que los pamploneses hicieron el año pasado”<sup>15</sup>. Se publicaba incluso una exclusiva con el diputado carlista por Estella en la que reiteraba esa actitud de indiferencia y que si llegara a haber incidentes, las autoridades carlistas “harían constar que el partido no podía hacerse solidario de nada que pudiera perjudicarlo”. Preguntado al final de la entrevista si pensaba ir a Estella, respondía: “¿Yo? Ni arrimarme. Hoy mismo me marcho a Vera”<sup>16</sup>. Esta actitud fue respaldada tanto por la junta regional como por el propio don Carlos, que aprobó las palabras del diputado estellés mediante un telegrama<sup>17</sup>.

Mientras, los preparativos trataban de conseguir la mejor impresión para los ilustres visitantes, pero también para la prensa pues, como decía el gobernador civil al alcalde, “interesa en estos momentos que Estella quede después de la expedición con notoriedad inolvidable y merecedora de grande alabanza”<sup>18</sup>. Eran algunas de las primeras instrucciones para lograr no solo el éxito de la visita, sino una repercusión favorable que ejerciera la debida influencia en el ánimo de todos aquellos que en los próximos meses debían ejercer su voto. Se trataba de inclinar la balanza en dirección al régimen en una circunscripción que les era hostil o, cuando menos, escasamente favorable.

Lo significativo era la distinta percepción que unos y otros mostraron del mismo acontecimiento, lógica por el punto de partida ideológico de cada uno, pero muy rica en matices. Así, desde las posiciones liberales se podía resumir en cierto mensaje regenerador, puesta la vista en el futuro. El régimen encarnado en Alfonso XIII significaba progreso y paz frente a un carlismo que simbolizaba lo viejo, lo caduco, tiránico y oscuro y que por ello mismo había que superar. Por tanto, el entusiasmo era la manifestación evidente de la aquiescencia con esa política, y

14 *La Época*, 19.08.1903, p. 2; 21.08.1903, p. 1. Estas declaraciones fueron ampliamente difundidas y comentadas: *La Correspondencia Militar*, 20.08.1903, p. 3; *La Dinastía*, 20.08.1903, p. 2. De hecho, se recogieron noticias de la indignación de algunos sectores del carlismo por las que se consideraban excesivas facilidades manifestadas por Llorens: *El Globo*, 21.08.1903, p. 2; *La Lucha*, 26.08.1903, p. 3.

15 “Viaje a Estella”, *El Pensamiento Navarro*, 20.08.1903, p. 3.

16 [Eustaquio Echave-Sustaeta], “Hablando con Llorens”, *El Pensamiento Navarro*, 25.08.1903, p. 1.

17 *El Imparcial*, 22.08.1903, p. 2; *La Dinastía*, 29.08.1903, p. 3.

18 Conferencia telegráfica entre el gobernador civil, en Pamplona, y el alcalde Gregorio Goizueta, y el ex-diputado conservador Enrique Ochoa Cintora, desde Estella, 19.08.1903 (Exp. “Recepción de S.M. el Rey Dn. Alfonso XIII. Estella, 1903”, AME, C<sup>a</sup> 280, 003/8/04).

se buscó con ahínco lograrlo. Se esperaba el viaje como una forma de afianzar lo que se asumía como la derrota definitiva, como la muerte de un carlismo decrepito: “se están echando en aquellas regiones, que fueron cuartel general del Pretendiente y teatro de sus triunfos, las últimas paletadas de tierra al Carlismo”<sup>19</sup>. De hecho, sus crónicas señalaban que la recepción no solo fue cordial, sino que rozó el entusiasmo, como pusieron de manifiesto siempre que tuvieron ocasión los periodistas de esta tendencia. Unos días antes de la visita, cuando ya se había confirmado el recorrido definitivo, uno de los principales periódicos del momento, *La Correspondencia de España*, insertaba un reportaje en dos páginas sobre Estella y lo ilustraba con varias imágenes. El primer párrafo de este texto encerraba ya buena parte de la justificación del interés que la visita despertaba:

La ciudad del Ega, río cien veces tinto en sangre, recibirá el día 30 la visita de Don Alfonso XIII, y en la cuna del carlismo, ciudad santa de las reivindicaciones tradicionalistas, sonarán por vez primera los acordes de la Marcha Real para recibir, no con protestas, sino con aplausos, al que es Rey de España por la gracia de Dios y de la Constitución, fórmula que costó en días no lejanos millares de vidas, inmoladas en defensa de ideas que hoy, por fortuna, han pasado a la Historia, cediendo el campo a otras más en armonía con el progreso de los tiempos<sup>20</sup>.

El carlismo formaba parte de la historia de levantamientos y rebeldía innata a la ciudad y sus habitantes, y por ello el recorrido del monarca iba a transcurrir por la geografía de las guerras, interesado como estaba en cuestiones de táctica. Así lo recogía también el escasamente carlista *Diario de Navarra*, que insistía en la necesidad de paz por todos los medios, para así “sofocar el más pequeño intento de insurrección en el país, de cualquier naturaleza que sea”<sup>21</sup>. En buena medida, señalaba la prensa dinástica, el objetivo era la superación de las tensiones mediante la legalidad encarnada en la figura de Alfonso XIII y dentro del pro-

19 “Partido muerto”, *Heraldo de Madrid*, 01.09.1903, p. 1. También lo expresaba así otro artículo: “[E]l recibimiento será magnífico, porque en Estella los liberales están en mayoría y quieren demostrar que allí el carlismo ha muerto por completo” (Gutiérrez, “Esperando al Rey”, *El Globo*, 25.08.1903, p. 1).

20 “Estella”, *La Correspondencia de España*, 27.08.1903, pp. 1-2. Prestaba también atención a Estella, sobre todo desde un punto de vista artístico y dejando de lado sucesos recientes, el reportaje de N., “Estella”, *La Época*, 29.08.1903, p. 1, donde calificaba la basílica del Puy como “el Montserrat de los navarros” (también en *La Época*, 01.09.1903, p. 1).

21 Un navarro viejo, “Viaje de Su Majestad a Estella”, *Diario de Navarra*, 21.08.1903, p. 1. Fue respondido desde el carlismo en el indignado artículo “En justa defensa”, *El Pensamiento Navarro*, 23.08.1903, p. 1.



greso general de los tiempos: “De las luchas de 1835, de las de 1873, no hay para qué hacer comentarios ahora. La que fue ciudad santa del carlismo se ha ensanchado al recibir el influjo del progreso, las auras de la quietud laboriosa y los beneficios de la libertad”<sup>22</sup>. En definitiva, el carlismo de los estellese, aunque aún hubiera quien lo mantuviese, pertenecía a otros tiempos, al pasado ya desaparecido. De hecho, la víspera de la llegada del monarca se recogía la satisfacción del mayor-domo mayor de Palacio, duque de Sotomayor, “por el recibimiento que la población, *antes carlista*, se dispone a hacer a D. Alfonso XIII”<sup>23</sup>.

Estas impresiones se vieron corroboradas en las crónicas del momento mediante la narración del entusiasmo popular por la visita, aunque en algunos casos se deslizara una visión irónica de adhesiones tan entusiastas pero tan inopinadas poco tiempo antes:

Festeja el pueblo estellés  
A Carlos Chapa primero,  
Al rey Alfonso después,  
Y a los Magos por enero.  
Tiene Estella mucha suerte,  
Pues, según dice Jesús,  
Con los reyes se divierte  
Como si jugase al mus<sup>24</sup>.

Las proliferas descripciones de los arcos de follaje que engalanaban la ruta que llevó al monarca desde Etxarri-Aranatz, por el túnel de Lizarraga, hasta Estella, insistían en los vítores y la alborozada presencia popular, así como en las colgaduras que hasta los carlistas habían colocado. Una de las crónicas señalaba que “[n]adie esperaba tan grandioso recibimiento en un país donde no hay ni media docena de personas que no sean carlistas o nocedalistas”. Tal vez de esta contradicción entre la proclamada muerte del carlismo y su omnipresencia derivasen las precauciones con que se organizó la visita, y que las mismas crónicas recogieran las unidades del ejército y la Guardia Civil que custodiaron el camino hasta Estella, en el cual “[a] cada paso se tropieza con un re-

22 *Heraldo de Madrid*, 29.08.1903, p. 1; *El Globo*, 31.08.1903, p. 1; *La Correspondencia Militar*, 31.08.1903, p. 2. En la misma línea se señalaba: “Fuerza es que los ilusos se desengañen: la prosperidad de que hoy gozan pueblos que pasaron largos años asolados por las penalidades de las guerras, es la que ha acabado con el carlismo” (*El Imparcial*, 30.08.1903, p. 1).

23 Énfasis añadido. *El Globo*, 30.08.1903, p. 1.

24 Juan Pérez de Zúñiga, “Coplas de ciego”, *ABC*, 04.09.1903, p. 10.

cuerdo de la guerra civil”, y la presencia de “un ejército de polizontes” en sus calles<sup>25</sup>. No es tampoco casual que el propio monarca dirigiera las maniobras que las tropas realizaron en la falda de Montejurra, en lo que bien pudiera interpretarse como la conquista simbólica de un paisaje tan íntimamente vinculado con el carlismo<sup>26</sup>. Este tono de precavida desconfianza hacia la fidelidad alfonsina de los navarros contrastaba con rotundas afirmaciones que hablaban de “la sumisión de Estella”<sup>27</sup>, o de la desaparición del carlismo: “Estella no es ya, salvo excepciones, cuna del carlismo; que el espíritu liberal ha traspasado estas montañas; que Estella no es ya, a estas alturas, un foco de ideas viejas y peligrosas”<sup>28</sup>. Como señalaba otro editorial comentando la visita:

el tiempo, y solo el tiempo, el progreso, y solo el progreso, han sido los que mataron el carlismo y borrarón de las ciudades y de los pueblos que hoy recorre S.M., el odioso fantasma de un pasado muerto, al que, contra las leyes biológicas, se empeñaban en hacer vivir, el fanatismo y la ignorancia. [...] los pueblos odian la tiranía y aman la libertad, y aclamarán siempre al Monarca que represente la luz, que ampare el progreso, y odiarán y aborrecerán siempre a los que representen la obscuridad y la tiranía. Y como eso y no otra cosa ha representado D. Carlos y el carlismo, las multitudes los aborrecen y les han vuelto la espalda<sup>29</sup>.

El entusiasmo descrito por la prensa en los feudos del carlismo servía para mostrar los avances que poco más de un cuarto de siglo después

25 *La Época*, 29.08.1903, pp. 2 y 3; *El Globo*, 30.08.1903, p. 2; *El Imparcial*, 30.08.1903, p. 1. Una crónica interesante es la de Mascarilla, “El viaje de D. Alfonso XIII”, *La Época*, 31.08.1903, p. 3; 01.09.1903, p. 1; 04.09.1903, p. 1. Un resumen en Fernando SOLDEVILA: *El año político 1903*, Madrid, Imp. de Ricardo Rojas, 1904, pp. 325-8, 328-9 y 330-1.

26 Francisco Javier CASPISTEGUI: “Montejurra, la construcción de un símbolo”, en: *Historia Contemporánea*, 47/II, 2013, pp. 527-57.

27 Juan Pérez de Guzmán, “Jiras reales”, *La Ilustración Española y Americana*, XLVII/XXXIV, 15.09.1903, p. 167.

28 *Heraldo de Madrid*, 30.08.1903, p. 2; *La Época*, 30.08.1903, p. 2; *Heraldo de Tarragona*, 02.09.1903, p. 1; “El viaje del Rey”, *La Época*, 11.09.1903, p. 1. El propio Francisco Silvela, en declaraciones al periódico francés *La Patrie*, indicaba que con el viaje del Rey “el carlismo ha muerto en Navarra, que es donde más carlistas había” (recogido en *El Eco de Navarra*, 17.09.1903, p. 3). No era tan radical *ABC*, aunque mencionaba la cercanía del final del carlismo (C., “Crónica. Acerca del viaje regio”, *ABC*, 08.09.1903, p. 4).

29 “El viaje del Rey. Los tiempos cambian”, *El Día*, 01.09.1903, p. 1. Otra razón veía una publicación republicana de Tortosa en la actitud favorable hacia el monarca, cuando afirmaba que “lo que ha pasado es que en lugar de infiltrar la monarquía constitucional su espíritu progresivo en los partidarios del tradicionalismo y la reacción, han sido estos quienes han impuesto sus ideas y sus tendencias, por lo cual nada de extraño tiene que ahora aclamen y saluden a la representación de aquélla, como cosa propia” (“Triunfo ficticio”, *El Eco de la Fusión*, 10.09.1903, p. 1).

de la última guerra se habían logrado. Desde la prensa más adicta a la persona del joven monarca y desde las instituciones, el sentido de estos viajes se cifraba en la difusión de un mensaje hasta cierto punto regenerador: la paz era el fruto de la monarquía constitucional, que aunaba las tradiciones con el progreso. Esta capacidad de síntesis, interpretaban desde el genérico liberalismo, era la que el carlismo navarro había visto durante las jornadas de Estella en la figura de Alfonso XIII y justificaba un recibimiento que iba mucho más allá de la cortesía, pues mostraba el monarquismo de los estellese<sup>30</sup>. Este fue el mensaje que se transmitió a través de buena parte de un prensa mucho más controlada de lo que pudiera aparentar<sup>31</sup>, como tendremos la oportunidad de ver en las páginas siguientes.

Hubo sin embargo opiniones discrepantes desde quienes rechazaban el sistema, comenzando por los republicanos, poco proclives a loar la labor benéfica y civilizadora de la monarquía constitucional. Un editorial de su principal órgano de prensa, *El País*, ironizaba respecto a la acogida dispensada a Alfonso XIII en Estella. Pese a todo y aunque dudoso de la defección que podía afectar al carlismo, pedía dejar de lado el temor a los seguidores del pretendiente y aplicar medidas contra la Iglesia:

Mucho habrá de exageración. Entre el corresponsal, propenso a la hipérbole, y el infla-telegramas de la redacción, se convierte en acontecimiento la menor cosa. Estos mismos panegiristas son capaces de asegurar que en Logroño no hay republicanos, como han dicho de buenas a primeras que han muerto los carlistas hasta en Estella. Se confunde la cortesía con la adhesión, la hospitalidad con el cariño, el ansia de divertirse con el entusiasmo monárquico, el interés local con el desinteresado amor al rey. De estas confusiones proviene la importancia que se da a los viajes regios. [...] Los carlistas eran un peligro, representaban ideales muertos, eran odiosos por su significación contraria a nuestros anhelos y a nuestros amores; pero así y todo los preferimos a un pueblo de papanatas, que baila al son que le tocan, que se alegra por orden del alcalde. Pero bien, ¡Estella por D. Alfonso! Ya no hay carlistas. Ya no existe el bu del tradicionalismo. Ya es imposible meter ruido con la amenaza de una guerra civil. Holguémonos de ello y tengámoslo presente, porque el peligro carlista era la causa o el

30 Este es el tono del interesante editorial titulado “El Rey en Estella”, *La Época*, 30.08.1903, p. 1. Le replicó el artículo “Cantos de sirena”, *El Pensamiento Navarro*, 03.09.1903, p. 1.

31 Se cuestionaba la sinceridad del entusiasmo alfonsino de Estella en el editorial “Alegrías pasajeras”, *El Liberal*, 01.09.1903, p. 1.

pretexto de que nuestros gobiernos se prevalían para justificar su indigna sumisión a la curia romana<sup>32</sup>.

Y por supuesto, era muy distinta la visión desde el carlismo, básicamente encarnada en premisas como la de la artificiosidad de la imagen ofrecida por la mirada gubernamental, forjada a base de falsedades y manipulación. En un texto inserto en el tropo de las dos Españas, un articulista afirmaba que la verdad oficial, no la verdad verdadera,

será la que dé el gobernador civil de Navarra al ministro y la de los periódicos liberales de Madrid y provincias: gran entusiasmo en los pueblos, vítores por doquiera, aldeanos que ofrecen vidas y haciendas a D. Alfonso, el disloque del frenesí alfonsino, y por contra la muerte y evaporación del carlismo<sup>33</sup>.

Frente a esta imagen el tradicionalismo se afirmaba en sus principios, reflejados en la caballerosidad y el respeto pese a la discrepancia. Así lo exponía *El Siglo Futuro* al recoger un artículo de *La Tradición Navarra* en el que se aseveraba: “se nos antoja que esos paseos no tienen otro objeto que romper el hielo de la opinión indiferente y provocar en ella entusiasmos más o menos espontáneos”.

Además salía al paso de las comparaciones entre la Estella carlista y el Logroño republicano, siguiente etapa del recorrido ese verano de 1903, considerando que la primera había agasajado a D. Alfonso (como siempre lo denominaban) de forma desinteresada, mientras que la capital riojana, “pueblo mimado por las instituciones, pueblo que si se adorna con soberbios puentes y monumentales edificios es, gracias, más que a su propio esfuerzo, a la esplendidez y munificencia de los poderes de la Restauración, sólo tiene una mueca despreciativa, un gesto desdeñoso para el joven monarca”. La conclusión resultante de la comparación surgía de forma evidente: “Los navarros saben, sin abdicar de sus creencias y sin perder nada en la firmeza de sus convicciones, dar hospitalidad franca y espléndida a todos los que se la piden, aunque sean adversarios”<sup>34</sup>.

32 “Estella por D. Alfonso”, *El País*, 31.08.1903, p. 1 y “El carlismo triunfante”, *El País*, 02.09.1903, p. 1. También recurrían a la ironía periódicos carlistas como *El correo español*, 31.08.1903, p. 1 o *El Siglo Futuro*, 14.09.1903, p. 2. Veía lógica esta sintonía de los dos rivales ideológicos el editorial de *La Época* titulado “Carlistas y republicanos”, 01.09.1903, p. 1, que finalizaba señalando: “Después de todo, la actitud de carlistas y republicanos es el mejor comentario del viaje Regio. El despecho que a unos y otros domina es una confesión de su fracaso”.

33 Montejuorra, “Crónicas”, *El Pensamiento Navarro*, 22.08.1903, p. 1.

34 “Buena lección”, *El Siglo Futuro*, 05.09.1903, p. 1. En esta misma línea: Un navarro medio viejo, “Caballeros, siempre; cortesanos, jamás”, *El Pensamiento Navarro*, 25.08.1903, p. 1. Hubo críticas también a la ausencia de resultados concretos de la visita,

En general la actitud de la prensa carlista fue asumir que la presencia de público en los actos la motivó más la cortesía que el acatamiento, o incluso la exigencia oficial, que hizo de tantos alcaldes y concejales presencia obligada en los actos<sup>35</sup>. De forma llamativa un temprano artículo del 21 de agosto se refería a las medidas que con toda seguridad iba a adoptar el gobernador civil para “fabricar” el requerido entusiasmo: “se queman unos fuegos artificiales, se construyen unos arcos, se disparan unos chupinazos, y ¡ya tenemos un recibimiento entusiasta!”. En definitiva, señalaban, “[p]odrá crearse el ruido, el aparato, la curiosidad, el bullicio, pero se engañará quien confunda esto con el verdadero entusiasmo”<sup>36</sup>. Todo ello mostraba el escaso impacto de la visita: “cuando Don Alfonso ha salido de Navarra, queda el carlismo flotante sobre las olas ligeramente rizadas por el vientecillo alfonsino”<sup>37</sup>.

Días después comenzaron a mostrar lo que consideraban las falsedades de la visita recurriendo a sus propios corresponsales o a carlistas de los lugares de paso de la comitiva real. Insistían especialmente en los puntos del recorrido que llevaron al monarca hasta Estella. Rebajaban el entusiasmo en Etxarri-Aranatz, afirmando que el alcalde había dado la orden, casa por casa, de poner colgaduras y no ir a trabajar al campo el día de la regia visita bajo pena de cinco pesetas. Relataban la ausencia de gritos y entusiasmo y resaltaban la glacial indiferencia de quienes asistían al paso de los viajeros. Días después escribía el alcalde de esta localidad de la Barranca para desmentir la existencia de multas, aunque reconocía la “orden voluntaria” de que se regresara del campo antes de

---

pues ni se avanzó en la petición de derribo de las murallas de Pamplona, ni en el pago de los suministros a los pueblos, ni en el pantano de Tafalla, etc. (Altobiscar, “Nubes de verano”, *El Pensamiento Navarro*, 01.09.1903, p. 1; “Al grano, al grano”, *El Pensamiento Navarro*, 03.09.1903, p. 1).

35 Una circular de la Diputación a todos los alcaldes de la zona invitaba el envío de comisionados para cumplimentar al monarca, “esperando procurará que no falten los representantes del mismo” (Pamplona, 23.08.1903, en: exp. “Recepción de S.M. el Rey Dn. Alfonso XIII. Estella, 1903”, AME, Cº 280, 003/8/04). De hecho, días más tarde el tradicionalista *La Libertad* (12.09.1903, pp. 2-3) señalaba en el artículo “No nos conocen”, que ante los reiterados comentarios que hablaban del final del carlismo por la ausencia de cualquier reacción de este a la presencia de Alfonso XIII, “habrá carlistas que estarán arrepentidos a estas horas de su hidalga cortesía, y de seguro habrá muchos en todas partes que renunciarán a ser corteses en lo sucesivo con el adversario, al ver lo mal interpretada que ha sido ahora la noble hospitalidad de los tradicionalistas navarros”. Terminaba preguntándose “¿quién creará que la presencia de un adolescente nos ha de hacer olvidar nuestra historia y profanar con nuestros pies, al pasar ese río [de sangre], la sangre de nuestros padres y hermanos?”. Otro artículo señalaba: “Si fuera dar muestra de energía carlista el reventar el viaje de D. Alfonso por Navarra, bien fácilmente se habría logrado el objeto” (Altobiscar, “¿Partido muerto?”, *El Pensamiento Navarro*, 03.09.1903, p. 1, que respondía al del *Heraldo de Madrid* del día 1).

36 “¡Vaya un entusiasmo!”; *El Pensamiento Navarro*, 21.08.1903, p. 1.

37 Altobiscar, “Nubes de verano”, *El Pensamiento Navarro*, 01.09.1903, p. 1.

las 11 y que se pusieran colgaduras<sup>38</sup>. En Lizarraga, previo al ascenso a la sierra de Andía, “arrojaron los viajeros sendas perras gordas para cosechar algunos vivos, pero ni aun por esas”<sup>39</sup>. Llamó la atención la ausencia de colgaduras e iluminaciones en los balcones del círculo carlista, en la misma plaza de los Fueros donde se alojó Alfonso XIII, lo que unos interpretaron como muestra de la debilidad de los seguidores de don Carlos, y estos como muestra de su actitud, pues el local permaneció a rebosar durante esos dos días de fines de agosto.

En definitiva, dos puntos de vista divergentes en sumo grado. Incluso se apreciaba entre las crónicas telegráficas y las apoyadas en los envíos postales de los propios periódicos liberales. Esto llevó al director del periódico carlista de Pamplona a preguntarse por la causa de estas diferencias: “Las oficinas de telégrafos recibieron, sin duda, orden gubernativa de no dejar pasar a los periodistas ningún telegrama de reseña del viaje si no se decía terminantemente que el recibimiento hecho a D. Alfonso había sido entusiasta”<sup>40</sup>. Esta censura telegráfica adquiere visos de realidad cuando se aprecia la considerable preocupación de las autoridades por controlar la oficina de telégrafos de Estella<sup>41</sup>. Y aún se hace más evidente cuando examinamos la cuestión de la espada de don Carlos.

Cuando se llevó a cabo el viaje de Alfonso XIII habían pasado ya casi tres décadas desde la “desaparición” de la espada y parecía uno más de los muchos objetos cuyo paradero pronto sería imposible establecer, perdido en los remolinos del tiempo. Y sin embargo, su ausencia se hizo presencia en el transcurso de la visita que se había programado a la basílica del Puy. Era un caluroso 30 de agosto, por la tarde, y en la canícula estival algunos sintieron recorrer un escalofrío.

Tras presentar los tesoros del templo al monarca y responder a las preguntas que la curiosidad regia planteó tanto al prior, como a Enrique

### 3. EL COMIENZO DEL EMBROLLO A CUENTA DE LA ESPADA

38 “Lo del viaje. En Echarri Aranaz”, *El Pensamiento Navarro*, 04.09.1903, p. 1; “De Echarri Aranaz. Lo del viaje de Don Alfonso”, *El Pensamiento Navarro*, 17.09.1903, p. 1.

39 Mario Aramendía, “De Estella. El viaje de D. Alfonso”, *El Pensamiento Navarro*, 04.09.1903, p. 1. Al día siguiente otro artículo se refería a este hecho, pero añadiendo cómo los niños recogían las monedas sin gritar nada, lo que ponía el autor como ejemplo de actitud coherente (“Cuartillas sueltas. De a perra gorda”, *El Pensamiento Navarro*, 05.09.1903, p. 1).

40 Altobiscar, “Nota del día”, *El Pensamiento Navarro*, 06.09.1903, p. 1.

41 Así se recoge en varias comunicaciones del expediente “Recepción de S.M. el Rey Dn. Alfonso XIII. Estella, año 1903”, AME, C<sup>a</sup> 280, 003/8/04.

Ochoa Cintora, exdiputado liberal por Estella, y a Silvia Cintora, camarista de la Virgen y viuda de uno de los defensores liberales de la ciudad frente a los carlistas –como ella misma–, llegó el momento clave. El prior le mostraba la imagen de la Virgen, y fue entonces cuando surgió, de entre las brumas del tiempo, la espada de don Carlos. Hay diversas versiones de lo ocurrido. Unos indicaban que fue el propio monarca el que preguntó por ella; otros, que fue el prior el que en su explicación hizo referencia a la ausencia de la misma; algunos más, que fue Enrique Ochoa el que informó sobre la espada<sup>42</sup>. Pese a estas discrepancias, todos coincidían en dos puntos, y es que, sabedor Alfonso XIII de la desaparición, respondió con algo similar a lo siguiente: “Pues esa espada, que era propiedad de la Virgen, debe volver aquí”, comprometiéndose a lograr la restitución de la pieza. Y segundo, en que el principal responsable al que todos los testimonios apuntaban era el general Fernando Primo de Rivera, receptor último de la espada.

Estos hechos no salieron de inmediato a la luz, ni se vieron reflejados en las crónicas del viaje, pues la censura impidió su difusión<sup>43</sup>, al menos en los medios que dependían del telégrafo, porque la noticia ya se recogió en la prensa navarra casi de inmediato<sup>44</sup>. Y tal vez hubieran desaparecido de no ser por la curiosidad de la prensa, pues lo publicado en Navarra apenas trascendió más allá de las mugas forales e incluso en el interior de las mismas, la cuestión desapareció casi de inmediato, considerando la cuestión, tal vez, irrelevante.

Mediaba el mes de septiembre; dos semanas después, por tanto, de ocurrido este episodio. Al rescatar la noticia y tras narrar lo ocurrido, un periódico protestaba por el ocultamiento, considerándolo injustificado, pues “carece en absoluto de trascendencia política para merecer las severidades de la censura y no vemos inconveniente en hacerlo público

42 En una crónica fechada en Estella el día 2, Mario Aramendía, “De Estella. El viaje de D. Alfonso”, *El Pensamiento Navarro*, 04.09.1903, p. 1 señalaba que había sido el Rey quien preguntó por el arma.

43 Las crónicas del momento recogieron algunos detalles de la visita, especialmente lo relativo al paso por la cripta y el lugar de fusilamiento de los generales opuestos a Maroto en 1839, pero no mencionaron nada respecto a la “espada”. Algunos ejemplos: “Viaje de S.M. el Rey Don Alfonso XIII por las provincias septentrionales de España”, *Hojas Selectas*, 1, 1903, pp. 939-44, especialmente 939-40; *El Año Político*, IX, 1903, pp. 325-8, 330 y sobre todo, p. 329; *La Correspondencia de España*, 31.08.1903, p. 2; *El Día*, 31.08.1903, p. 2; *La Época*, 31.08.1903, p. 2; *La Dinastía*, 01.09.1903, p. 2; *Por esos Mundos*, 01.09.1903, pp. 198-9; *Diario de Tortosa*, 01.09.1903, pp. 1-2.

44 “Viaje del Rey. Notas sueltas”, *El Eco de Navarra*, 02.09.1903, p. 1; reprodujo literalmente esta información “La espada de Carlos VII en El Puy de Estella”, *El Pensamiento Navarro*, 03.09.1903, p. 1.

para conocimiento de nuestros lectores”<sup>45</sup>. ¿Tal vez se temía despertar viejos fantasmas que la propia visita del monarca trataba de despejar? ¿Podía suponer algo así un demérito o un problema para el régimen y para el propio monarca? Es evidente que el tema tocaba de lleno al carlismo, y de forma directa también a la Iglesia y al Ejército, lo cual comprometía, al menos en estos dos últimos casos, la política de apaciguamiento llevada a cabo por el régimen de la Restauración desde hacía unas décadas. En el primero, probablemente se trataba de evitar que los carlistas hicieran bandera de un hecho que pudiera revitalizarlos, sobre todo cuando la prensa liberal los daba por muertos. Pero, ¿tanta trascendencia tenía una anécdota como esta en la construcción política que trataban de llevar a cabo los políticos del turno?<sup>46</sup>.



Fig. 2. Fernando Primo de Rivera. *La Ilustración Española y Americana*, XLI/ XII, 30.03.1897, p. 1.

45 “Viaje regio. Un episodio”, *La Correspondencia de España*, 15.09.1903, p. 1; *Los Debates*, 15.09.1903, p. 3.

46 Desde un punto de vista tradicionalista afirmaba esta política de atracción de los católicos para desactivar al carlismo del régimen de la Restauración el artículo “El “bu” del tradicionalismo”, aunque acababa pidiendo que, en vez de eliminarlo, todos debían acudir al carlismo (Estanislao, “El “bu” del tradicionalismo”, *La Avaluancha*, IX/204, 08.09.1903, pp. 1-2).



Algo de ello hubo de haber, pues el propio general Primo de Rivera, ante el escándalo que comenzaba a asomar y que tan directamente le afectaba, buscó justificar la situación y escribió al periódico que al parecer levantó la noticia de la “espada” desaparecida, *La Correspondencia de España*, de carácter liberal moderado. En una primera carta señalaba:

Nada estaba más lejos de mí que el que hubiese de ocuparme de un episodio que refiere su periódico [...] ocurrido en la visita de S.M. el Rey a la ciudad de Estella, episodio que, siéndome desagradable, debería serme muy grato, pues me proporciona ocasión para dar mil detalles de la toma de dicha población y de hacer público mi proceder en dicho día.

No lo haré así; pero sí he de decir que poseo una comunicación del Ayuntamiento de la expresada ciudad, a la que acompaña un título declarándome hijo adoptivo de la misma, lleno de alabanzas a mi proceder y que firman todos los individuos de aquel Ayuntamiento, quienes en su totalidad pertenecían a la comunión carlista. Debo hacer constar que esta distinción no me la hizo el Ayuntamiento bajo la presión de las circunstancias cuando se atacó y tomó la ciudad por las tropas a mis órdenes, sino que me la remitió bastante tiempo después de hacerse la paz<sup>47</sup>.

Los habitantes de Estella se retiraron de la ciudad antes de entrar las tropas liberales, sin duda por temor a que éstas pudieran cometer algunos excesos; enterado de esto, ordené no entrase ninguna fuerza hasta tanto que los vecinos hubiesen regresado a sus hogares, asegurándoles serían respetados en absoluto sus bienes y personas, colocando al efecto guardias en las puertas de la ciudad y dejando las fuerzas acantonadas en los alrededores, a pesar del cansancio que tenían después de tres días de continuados combates.

Mencionaba el caso de un voluntario de Cirauqui, que quiso contravenir estas normas y fue fusilado por ello, con lo cual, señalaba en su carta el general Primo de Rivera, la población se convenció de la actitud del ejército y regresó a sus casas. A partir de ahí, recordaba, no hubo quejas, por lo que le resultaba extraña “la que aparece a los treinta años acerca de esa espada desaparecida y de la que jamás he tenido la menor noticia”. Se quejaba del proceder del abad del santuario del Puyg [sic], al que responsabilizaba de haber informado al rey y si hacía referencia a todo lo anterior era “para que ese señor abad sea más serio en sus informes, sobre todo cuando se dirige al Monarca, a quien no debe hacerlo

47 Como hemos visto previamente, el proceso se inició en un acuerdo municipal del 5 de abril, es decir, poco más de mes y medio después de la toma de la ciudad.

sin estar completamente seguro y con pruebas de lo que dice”. Tras la carta, señalaba el periódico:

No somos nosotros quienes hayamos de poner en claro un asunto que el general Primo de Rivera narra de modo contrario al que emplean para relatarlo los vecinos de Estella; y nos limitamos a publicar el escrito del señor marqués, lamentando que el abad del santuario flaquee de memoria y desconozca los hechos históricos que a él se refieren<sup>48</sup>.

De hecho, el propio Primo de Rivera remitió un ejemplar del periódico al ayuntamiento de Estella con un besamanos en el que justificaba el envío por incluir “la rectificación que ha hecho a lo expresado a S.M. el Rey por el Abad del Santuario del Puy y según la prensa es creencia de ese vecindario”<sup>49</sup>.

Además de verse afectado en su amor propio, hallarse acusado por la prensa y los vecinos de Estella de la desaparición y afeada su conducta ante el monarca, consideraba el general que lo que se había dicho al rey era falso. Decidido a atajar el descrédito, asumió su propia defensa. Sin embargo, lejos de solventar el embrollo de forma inmediata, la cuestión siguió creciendo y otros periódicos se hicieron un eco cada vez más amplio del asunto<sup>50</sup>, en ocasiones con una clara intencionalidad política más allá del ámbito carlista<sup>51</sup>. Estaba en juego el honor y la palabra de

48 “Viaje regio. Un episodio”, *La Correspondencia de España*, 17.09.1903, p. 2. En telegrama que se publicaba en el mismo periódico el día 18.09.1903, p. 1, el corresponsal en Estella se ratificaba en sus informaciones previas y la redacción concluía: “Hasta ahora, lo único cierto es que don Carlos regaló la espada; que la espada estaba en el Santuario cuando las fuerzas carlistas abandonaron la población, y que la espada, aun cuando sea muy discutida, no parece por parte alguna”. Reproducen íntegra la carta de Primo de Rivera en *Diario de Reus*, 18.09.1903, pp. 1-2; o *Heraldo de Tarragona*, 18.09.1903, p. 1. Véase también *El Eco de Navarra*, 17.09.1903, p. 3, o “La espada de Carlos VII”, *El Pensamiento Navarro*, 18.09.1903, p. 1, que se preguntaba dónde estaba.

49 Madrid, 18.09.1903. Firma como Senador del Reino y Capitán General (Exp. “Recepción de S.M. el Rey Dn. Alfonso XIII. Estella, año 1903”, AME, C<sup>o</sup> 280, 003/8/04).

50 *Diario de Navarra*, de forma escueta, resumía sobre las palabras de Primo de Rivera: “ha dicho que no ha visto semejante espada, creyendo por tanto sea todo lo que han manifestado algunos periódicos pura fantasía” (17.09.1903, p. 2). Un día después se expresaba de forma más contundente: “Telegrafían de Estella ratificándose en que la famosa espada regalo de Don Carlos de Borbón a la Virgen del Puy la posee el general Primo de Rivera” (18.09.1903, p. 2).

51 G. Pacheco, en “Tarjeta postal” (*Unión Republicana*, 1/17, 03.10.1903, p. 1) criticaba la corrupción de quienes se encontraban en una posición social elevada y, en este caso, del general Primo de Rivera, exigiendo el castigo correspondiente y recordando que el marqués de Estella había pasado por Filipinas, dando a entender oscuros manejos en ese cargo ultramarino. Poco importaba que para cuando se publicó este texto ya se hubiera resuelto el misterio. También *El Pensamiento Navarro*, además de recoger las informaciones publicadas en la prensa madrileña, añadía la necesidad de establecer responsabilidades (“La espada de Carlos VII”, 19.09.1903, p. 1; 20.09.1903, p. 1).

un general, pero también la buena fe del rey, que pronunció la referida frase “por su esmerada educación y su respeto a los representantes de Dios en la tierra”. Así lo manifestaba Telmo Guerra (seudónimo del teniente coronel de artillería retirado, Clodoaldo Piñal, redactor jefe del periódico *La Correspondencia Militar*), que pedía a los generales carlistas, especialmente a Cesáreo Sanz, que interviniera para dar con el paradero de dicha espada

con el fin de que sea restituida a Nuestra Señora del Puy de Estella, como generosa y noblemente desea el joven Rey D. Alfonso XIII, a fin de que dicha histórica espada sea mudo testigo de las heroicidades de ambos Ejércitos, liberal y carlista, que ambos estaban, al fin, compuestos de soldados españoles.

Defendía este militar el honor del ejército más allá del individual, y con él el honor a la patria, “y no hay Patria allí donde no se rinde por todos ferviente culto al honor”. Por ello, reivindicaba Telmo Guerra la pronta solución del caso, que afectaba a “un soldado calumniado que siempre rindió culto a la verdad y que ha prodigado generosamente su sangre en los campos de batalla en defensa de la causa que, según su conciencia, creyó más justa y conveniente para el porvenir de la Patria”<sup>52</sup>. Hubo varias respuestas a este texto, la primera desde el periódico que dio la voz en torno a este asunto, y cuyo corresponsal, el periodista navarro Hilario Olazarán<sup>53</sup>, se responsabilizaba de la información.

52 Telmo Guerra, “Falsa leyenda. Un abad infringiendo el octavo mandamiento. ¿Dónde está la espada regalada a la Virgen del Puy por D. Carlos de Borbón?”, *La Correspondencia Militar*, 18.09.1903, p. 1. Este artículo fue agradecido por Primo de Rivera, como se recoge en “Defensa agradecida”, *La Correspondencia Militar*, 22.09.1903, p. 1. Respondió el general Sanz, carlista, señalando que haría cuanto pudiese para resolver la cuestión, de lo que se congratulaban en *La Correspondencia Militar*, pues en España “se exageran y desfiguran los hechos por consecuencia de la ligereza de nuestro carácter, tan dado a cosas fantásticas y a leyendas que influyen grandemente en las cosas públicas y privadas” (“A llamamiento caballeroso, contestación digna”, *La Correspondencia Militar*, 22.09.1903, p. 1).

53 Periodista católico, como rezaba la necrológica que le dedicaron en *La Avalancha*, XXXVIII/899, 08.09.1932, p. 259, y padre del capuchino Hilario Olazarán de Estella, musicólogo. Inocencio García Asarta hizo su retrato hacia 1896 (Iñaki URRICELQUI: “Inocencio García Asarta en el Museo de Navarra”, *Príncipe de Viana*, 63/225, 2002, pp. 83-100 el retrato en la p. 91). Probablemente fue director de *La Merindad de Estella*, pionero del periodismo en la zona media, y colaborador de *El Heraldo de Estella* y de *Diario de Navarra*. Fue también director del integrista *La Tradición Navarra*, formación en la que militó, y de la que fue secretario de la Junta de Merindad. En 1903 apoyó la candidatura conservadora de Estella y se acercó al nacionalismo, como muestra el artículo “Abajo la invasión maketónica ¡Gora Euskadi!” , *Diario de Navarra*, 28.11.1905 (véase J. ITURBIDE: “Publicaciones periódicas estellessas 1866-1990”, *Príncipe de Viana*, 51/190, 1990, pp. 705-42, la referencia en la p. 716).

En nota fechada el día 17 y publicada tres más tarde, se ratificaba en sus informaciones, asegurando la certeza de la entrega del arma a Primo de Rivera al día siguiente de la toma de Estella. “Si ahora no está en su poder, señalaba Olazarán, eso es otra cosa”. Y añadía: “Aún vive el voluntario de la libertad que la recogió de manos del Prior del Puy”. Y afirmaba, con más rotundidad: “Todos los estellese que de aquella época viven, alguno de ellos concejal, podrán dar fe de ello”<sup>54</sup>.

Pero no todas las reacciones adquirieron ese tono de grave preocupación, pues también los periódicos satíricos se hicieron eco del caso. Uno de ellos recogía lo que otro había comentado al respecto, con una crítica evidente al general Primo de Rivera, del que se decía: “A nosotros no nos sorprende la noticia. Recordamos la afición del héroe por toda suerte de trofeos... hasta por los filipinos que adornan sus salones”. No hay que olvidar que estaba reciente todavía la derrota de 1898 y tras ella se cargaron tintas contra el papel del ejército, lo cual hace que las críticas a este y especialmente a sus más altos oficiales, aprovecharan cualquier circunstancia. Más adelante, y después de recoger la ignorancia en que todos estaban sobre el paradero de la espada, el mismo periódico añadió a lo anterior un comentario dialogado de su propia cosecha:

Pues conste que Primo de Rivera no sabe nada de la espada, ni del basto.  
Y ahora, ganas me dan a mi de proponer un acertijo sobre esa espada.  
—¿A que no adivinan ustedes dónde está ahora la espada?  
—¿Estará en casa de Primo de Rivera?  
—No señores.  
—¿Estará en alguna armería?  
—No, señores.  
—Pues diga usted dónde estará a estas horas.  
—¿Se dan por vencidos?  
—Nos damos.  
—Pues miren ustedes; yo tampoco lo sabía; pero el otro día me encontré con Calínez y le dije a Calínez:  
—¡Calínez! ¿En dónde te parece a ti que estará ahora la espada de la Virgen del Puy?  
Calínez se rascó el cogote, se chupó el dedo gordo y me contestó:  
—Pues estará, estará...  
—¿En dónde?  
—En la vaina<sup>55</sup>.

54 *La Correspondencia de España*, 20.09.1903, p. 1; recogido en “La espada de Carlos VII”, *El Pensamiento Navarro*, 22.09.1903, p. 1.

55 “Disparos de fusil”, *El Fusil*, 20.09.1903, p. 3. Este periódico era filo-carlista, pues al menos su director hasta 1909, Benigno Bolaños, lo era.

#### 4. UNA INVESTIGACIÓN EN MARCHA

Se trataba por tanto de una cuestión de honor y, por ello, trató de indagar el general Primo de Rivera al respecto, mostrando la preocupación por su honra particular. No en vano, el propio prior de la basílica del Puy, Juan Goicoechea, se dirigió a *La Correspondencia de España* indicando que él sólo dijo al rey que no estaba la espada, que había desaparecido hacía ya muchos años. La cuestión era quién informó al monarca sobre la referida espada y era a esa persona a quien remitía el prior “para saber quién hizo el informe que equivocadamente me atribuye el excelentísimo señor marqués de Estella”<sup>56</sup>. Otro informante que merecía la confianza del periódico daba más detalles al respecto:

La espada fue recogida de manos del difunto prior D. José María Arraitia [sic, Arrastia] por el voluntario D. Romualdo Fernández, en la actualidad administrador del marqués de Feria. Este voluntario la entregó a otros voluntarios, y D. Mariano Albizu la guardó en su casa hasta que decidieron ofrecerla al general Primo de Rivera, para que éste la entregase a D. Alfonso XIII.

Encargado de entregarla al general fue D. Tomás Jaén, voluntario que mostró deseos de tener esa comisión para congraciarse con el general.

Este Sr. Jaén, cuñado del ex diputado a Cortes D. Enrique Ochoa, es en la actualidad celador de carreteras de Allo.

Para todos los voluntarios que intervinieron en el asunto, para todo el pueblo de Estella esa espada había sido ofrecida al general Primo de Rivera. En esa creencia estábamos todos.

Ahora, si no fue así, si esa espada desapareció, al mismo general y a todos conviene aclararlo.

Los tres principales voluntarios que intervinieron viven y ellos podrán ayudar a sacar, por el hilo, el ovillo<sup>57</sup>.

El periódico que recogía esta carta y las sucesivas informaciones, mostraba su disposición a seguir publicando noticias al respecto, dado el interés que estaba despertando. Señalaba, además, que la espada no llegó a Alfonso XIII y se hallaba en paradero desconocido, extraviada en el camino desde el Puy hasta el palacio Real de Madrid: “Hasta ahora es lo único cierto; que la espada ha desaparecido”<sup>58</sup>.

La espiral continuaba creciendo y en la sucesión de argumentos intervino uno de los mencionados en las cartas previas, Enrique Ochoa, el

56 “Viaje regio. Un episodio”, *La Correspondencia de España*, 22.09.1903, p. 1.

57 “Viaje regio. Un episodio”, *La Correspondencia de España*, 22.09.1903, p. 1.

58 “Viaje regio. Un episodio”, *La Correspondencia de España*, 22.09.1903, p. 1.

que fuese diputado a Cortes por Estella, condecorado por el rey con la cruz de Isabel la Católica en el transcurso del viaje que originó el *affaire* de la espada desaparecida. En su carta mencionaba en primer lugar el exquisito comportamiento del ejército en su entrada a Estella el año 1876, como así lo refirió a Alfonso XIII cuando le mostraba el lugar de los fusilamientos en el Puy. Corregía en segundo lugar al general Primo de Rivera en un aspecto, cual era el de la composición carlista del ayuntamiento que le otorgó el nombramiento de hijo adoptivo, precisando Enrique Ochoa que semanas después de la entrada en la ciudad

se constituyó el nuevo Ayuntamiento nombrado por el gobernador civil de la provincia, y que se componía en su totalidad de liberales, todos los cuales, excepto uno, que también era anticarlista, habían estado emigrados como desafectos a la causa de D. Carlos.

Fue ese ayuntamiento el que en sesión del 5 de abril de 1876, según constaba en el acta que, subrayaba el autor de la carta, leyó el día anterior,

teniendo en cuenta los eminentes e inolvidables favores que prestó a esta ciudad en los días 18 y 19 de febrero último liberándola de la dominación carlista y protegiéndola de un modo tan noble y tan completo, que arrancó un grito de admiración a amigos y adversarios en la lucha, acordó por unanimidad declarar hijo adoptivo de Estella al referido general<sup>59</sup>.

Señalaba en tercer lugar, en defensa del abad, que quien respondió a la pregunta del monarca sobre el paradero de la espada, indicando que la debía tener el general Primo de Rivera o que él se la había llevado, había sido él mismo, Enrique Ochoa. De hecho, con esa afirmación no hacía sino recoger lo que todo el mundo en Estella pensaba, al menos hasta que el general dijo no saber nada al respecto en la carta previa. Añadía, por último, que escuchada una de las personas que intervinieron en el asunto, ésta había oído la orden dada por Primo de Rivera a un ayudante de que buscase al alcalde y le encargara a éste que le presentara la espada que D. Carlos regaló a la Virgen del Puy. Esta orden aún la recordaba el entonces alcalde, aún con vida, pero no la cumplió, pues uno de los voluntarios se le había adelantado y había recogido ya la espada. Uno o dos días después, sobre las once de la mañana, fueron los que tenían el arma a casa del señor Escartí, alojamiento del general Primo de Rivera, y le hicieron entrega de la misma, quien en presencia de

124 <sup>59</sup> Archivo Municipal de Estella, lib. 0189. Véase también la nota 8.

ellos leyó la inscripción. Tal vez, señalaba Enrique Ochoa, el marqués de Estella no prestase mucha atención al caso, ni recordaba lo ocurrido veintisiete años antes<sup>60</sup>.

Todo este proceso afectaba directamente al general Primo de Rivera, al que las informaciones precedentes apuntaban de manera directa, responsabilizándole de lo ocurrido. Tras una carta del prior del Puy dirigida personalmente al marqués de Estella el día 20, daba este por terminado el asunto, pero la misiva de Enrique Ochoa “hace variar mi modo de pensar”, por lo que

resolví hacer informaciones de orden privado [...] y hoy en vista del comunicado del sr. Ochoa, resuelvo trasladarme de mi residencia de verano a la corte, con el propósito de impulsar y activar dichas informaciones, pues continúo sin recordar ni el menor episodio que a esa espada se refiera, y afirmando que jamás estuvo en mi poder.

Sin embargo, como los detalles se acumulaban y confiaba en la buena fe ajena, trató de cotejar los datos existentes, por lo que pedía paciencia al señor Ochoa en espera de sus averiguaciones. Agradecía a éste sus palabras sobre el buen comportamiento del ejército y lamentaba su confusión al considerar carlistas a los que en el Ayuntamiento de Estella le habían nombrado hijo adoptivo, “porque así lo creí y así me halagaba más, pues no conociendo a las personas que lo firman, recibía más satisfacción al creer que eran los enemigos y no los amigos en ideas, los que me hacían justicia, porque estos juicios que tanto me halagaban pierden fuerza por venir de personas que, por lo menos, simpatizaban conmigo en ideas”. Asumía que en las circunstancias de la guerra era más que factible que no prestara atención a una cuestión menor como la de la espada:

¿No cree, el que de milicia entienda, y como dice muy bien el Sr. Ochoa, que mi espíritu no estuviese en estado de ocuparse de esa espada, ni darle importancia, y haya olvidado en absoluto cuanto narra sobre ella? ¿Qué valor puede tener una espada que se recoge en la casa particular de un

60 “Viaje regio. Un episodio”, *La Correspondencia de España*, 23.09.1903, p. 1. De forma más breve en “La espada de la Virgen”, *Los Debates*, 23.09.1903, p. 3; la recoge íntegra “La espada de Carlos VII”, *El Pensamiento Navarro*, 24.09.1903, p. 1. Días después, un estellés, corresponsal de *El Pensamiento Navarro*, Mario Aramendía, recordaba su propia experiencia de lo ocurrido, señalando que habían sido Tomás Jaén (pariente de Enrique Ochoa), Romualdo Fernández y Celestino N. quienes arrebataron la espada a la Virgen y se la dieron a Primo de Rivera (“La espada de Carlos VII”, *El Pensamiento Navarro*, 25.09.1903, p. 1).

sacerdote? (y conste que no en el Santuario), pues de haberlo sido así, no dude el Sr. Ochoa que al saberlo, mis medidas hubieran sido enérgicas. Esa espada, en esas condiciones adquirida, es un arma cualquiera, como otras muchas que se recogieron, encontrándome obligado por la Ley a entregarla al Estado; y el averiguar hoy que así se hizo, es lo que me propongo<sup>61</sup>.

Un día más tarde, enviaba una carta que mostraba que el general había indagado, como indicaba, el paradero de la espada y no recordando él nada al respecto, además de lo ya señalado en la carta previa, preguntó a sus ayudantes de aquellas jornadas, los ya generales Wenceslao Molins, González Vallarino y Contreras<sup>62</sup>. Uno de ellos, el general Viana Cárdenas, le escribió para manifestarle lo siguiente:

En la noche del día que el ejército entró en Estella, diéronse órdenes rigurosas para la entrega de toda clase de armas, y sin duda, para cumplir aquellas órdenes, se me presentaron unos voluntarios a decirme que el cura de la ermita del Puy tenía en su casa la espada de D. Carlos, noticia de que dí cuenta a usted, quien me ordenó se recogiese como las demás armas. En su vista, dichos voluntarios fueron a casa del cura y recogieron no una espada, sino un sable, y me lo entregaron, de lo cual dí a usted cuenta, y me dijo la guardase para entregarla a S.M. el rey D. Alfonso XII el día de nuestra próxima entrevista. A los pocos días tuvo lugar ésta, con motivo de reunirse en las proximidades de Pamplona el ejército de la derecha con el de la izquierda, en que iba su majestad, entregándosele por mí, según su orden, el sable del pretendiente. S.M. lo entregó a un dependiente de su confianza, que no recuerdo quién era, pero significando su propósito de enviarlo a la Armería Real. Como datos curiosos que me llamaron la atención, recuerdo que la supuesta espada era un sable que en su hoja tenía grabados algunos nombres de acciones y batallas, como Montejurra, Estella y Somorrostro repetido, y también la dedicatoria del pretendiente a la virgen del Puy de Estella<sup>63</sup>.

A esta parte del testimonio de su subordinado, añadía el marqués de Estella que se dirigió a la Armería Real de Madrid, como le indicó su entonces ayudante, lugar en el que se depositaban armas personales de los Reyes de España, trofeos militares y regalos de diversos mandatarios extranjeros.

61 Carta del 23-IX-1903 al director de *La Correspondencia de España*, publicada en este el 25.09.1903, p. 2.

62 Éste último había escrito al respecto en *La Atalaya*, de Santander, el 22.09.1903.

63 Carta del marqués de Estella del 24-IX-1903, reproducida en: "Viaje regio. Un episodio", *La Correspondencia de España*, 25.09.1903, p. 2. Recogida en parte en "El sable de D. Carlos", *El Imparcial*, 25.09.1903, p. 1 y en "La espada de Carlos VII", *El Pensamiento Navarro*, 25.09.1903, p. 1.



**5. REAPARECE  
LA ESPADA  
—QUE ERA SABLE—  
Y SE RESUELVE EL  
MISTERIO**

La respuesta a su consulta en las reales colecciones fue, en esta ocasión, positiva. Apareció la espada —que era sable— y que estaba depositada en la Armería Real, “con otras armas que tienen cierto valor histórico”<sup>64</sup>. Estaba concretamente en la vitrina G, número 132, expuesta al público desde hacía años, al parecer con poca capacidad para motivar el recuerdo de los visitantes. De hecho, como sable, que no espada, figuraba en el catálogo elaborado pocos años antes: “G.132. Sable alemán de caballería, con vaina de hierro, cogido al Pretendiente D. Carlos de Borbón en la guerra civil del año 1874”, añadiendo además las ya conocidas inscripciones de la hoja<sup>65</sup>. Era la constatación de que el desaparecido acero estaba localizado y resuelto el misterio que durante casi dos semanas había provocado considerable expectación.

Primo de Rivera se apresuró a dar cuenta de la noticia en carta pública, al final de la cual terminaba preguntándose:

¿Qué puede haber pasado aquí? Pues sencillamente que al hecho no se le dio importancia alguna por mis ayudantes ni por mí, por no tenerla el asunto en sí, al ser un arma cogida en una casa particular y no en combate, pasando por lo tanto completamente desapercibida y afortunadamente para mí sólo lo recuerda el ayudante de servicio en aquel día, lo que ha permitido aclarar el incidente de que nos ocupamos.

Se había decidido en esa primavera de 1876 entregar el sable al rey Alfonso XII y éste dispuso su envío a la Real Armería. Con ello se cerraba el recorrido realizado por el arma desde fines de febrero de 1876 hasta su reaparición a fines de septiembre de 1903. Con esto, señalaba el marqués de Estella, daba por terminado el enojoso incidente, agradeciendo la rectitud de intenciones de quienes en él habían intervenido, pues “tengo bien sabido el respeto que merece la honra ajena a los que tienen conciencia de la propia y estiman la maledicencia como fruto de una labor puramente subjetiva de espíritus insanos”<sup>66</sup>. Desde el

64 “La vida política”, *El Heraldo de Madrid*, 24.09.1903, p. 2, había señalado, además de que era sable y no espada, que estaba en la Armería Real antes de que se difundiera la noticia de forma generalizada. *La Época*, 25.09.1903, p. 3.

65 J. CROOKE Y NAVARROT: *Catálogo histórico-descriptivo de la Real Armería de Madrid*, Madrid, Suc. de Rivadeneyra, 1898, p. 245. En ABC, bajo el título “Un sable famoso” (09.10.1903, p. 7), publicaban una fotografía y reproducían la ficha de catálogo de la pieza depositada en la Armería Real. Por su parte, *El Correo Español* protestó por el contenido de la ficha, pues no tomaron el sable al pretendiente sino, señalaban, a la Virgen (reproducido en *El Pensamiento Navarro*, 27.09.1903, p. 1; *La Libertad*, 03.10.1903, p. 1; y en “La espada de don Carlos”, *El Correo de Guipuzcoa*, 27.09.1903, p. 1). Tampoco la fecha que se indicaba en el catálogo, 1874, era correcta.

66 Carta del marqués de Estella del 24.09.1903, reproducida en: “Viaje regio. Un episodio”, *La Correspondencia de España*, 25.09.1903, p. 2. Recogida también en: “El sable de D. Carlos”, *El Imparcial*, 25.09.1903, p. 1 y “La espada de Carlos VII”, *El Pensamiento Navarro*, 26.09.1903, p. 1.

otro periódico más implicado, *La Correspondencia Militar*, afirmaban: “nuestra defensa del general Primo de Rivera era legítima, cosa que afortunadamente nos sucede en todas cuantas defensas emprendemos, como natural consecuencia de estar todas inspiradas en la verdad y en la más estricta justicia”<sup>67</sup>. Y aprovecharon otros la circunstancia para lanzar críticas, apoyadas en una ironía que no dejaba títtere con cabeza<sup>68</sup>.

Se terminaba con ello un considerable quebradero de cabeza para el general Primo de Rivera, pues era su honorabilidad la que se había puesto en juego y la que trató de mantener al margen en un asunto que tenía todo el aspecto de complicarse y complicarle, sobre todo porque en su afán de salir del paso implicó al prior del Puy. Como se señalaba previamente, el asunto tocaba demasiadas fibras sensibles en una España no muy bien dispuesta hacia la milicia en fechas tan cercanas al 98, por lo que el general era bien consciente de que además de su buen nombre estaba en juego parte del prestigio del propio ejército.

La alegría por su hallazgo recibió, como no podía ser menos, la ironía de algunas publicaciones, una de las cuales la presentaba en forma de caricatura en la que un joven don Jaime recuperaba el sable de su padre, don Carlos:



Fig. 3. *La Correspondencia Militar*, 26.09.1903, p. 1.

Quedaba claro el paradero del sable, pero se mantenía una pregunta, ¿qué hacer con él? ¿había de volver a la basilica del Puy? Su presencia actual en ella muestra que se produjo el regreso pero, ¿en qué circunstancias? ¿en qué momento?

67 “Ya pareció la espada”, *La Correspondencia Militar*, 26.09.1903, p. 1.

68 “El sable de papá”, *El Motín*, 38, 26.09.1903, p. 3.

## 6. EL REGRESO DEL SABLE AL PUY

Una respuesta la da, con la marcada ironía de su acendrado republicanismo, el periódico *El País*, al citar al diario *La Correspondencia*, “que ha tomado en serio lo del sable del vaina”, indicando que la Armería Real había remitido a San Sebastián el sable ya famoso para que, siguiendo las palabras del rey Alfonso XIII, regresase a su lugar de origen<sup>69</sup>. La entrega, que habría de constar en acta, se haría por intermedio del ayuntamiento donostiarra y el de Estella<sup>70</sup>.

La recepción del sable se realizó de forma solemne, como narraban los corresponsales de prensa. Convocados todos los concejales a las cuatro de la tarde con el fin “de hacerse cargo del sable cuya devolución al Santuario del Puy ha dispuesto S.M. el Rey, y acordar la forma de ser entregado en la Real Basílica”<sup>71</sup>, el pleno del Ayuntamiento de Estella dispuso ese día 7 de octubre levantar acta de la entrega y dar copia de la misma al gentilhombre del rey, el estellés Julián Larrainzar, que llegó ese mismo día a la ciudad procedente de la capital donostiarra. Intervino en el pleno extraordinario que se celebró en la casa consistorial y se manifestó orgulloso

de ser el ejecutor material de un acto de desagravio a nuestra amadísima Patrona la Santísima Virgen del Puy, al serle devuelto por espontánea y noble iniciativa convertida luego en orden de S.M. el Rey D. Alfonso XIII, el sable que un día depositara en la Real Basílica, por medio de un ayudante de órdenes, D. Carlos de Borbón y Austria de Este, y que más tarde fue extraído del santuario.

Se leyó un escrito del Mayordomo Mayor del rey en el que se pedía que la devolución se hiciera de forma solemne en el Ayuntamiento y que constara en acta la misma, así como que se repusiera a la basílica con las debidas formalidades. Se produjo entonces la entrega de una caja-estuche de la que se hizo cargo el Ayuntamiento y el inmediato traslado al santuario, acompañados, indica el acta municipal, de quien dio la noticia de la desaparición al rey, Enrique Ochoa<sup>72</sup>. Llegados al

69 “El sable de Papá”, *El País*, 02.10.1903, p. 1; también se recogió la noticia en *El Día*, 02.10.1903, p. 2; *El Heraldo de Madrid*, 04.10.1903, p. 3; “La espada de don Carlos”, *La Dinastía*, 05.10.1903, p. 2; “La espada de D. Carlos”, *Diario de Navarra*, 05.10.1903, p. 2.

70 *La Época*, 04.10.1903, p. 2; “El sable de Don Carlos”, *La Correspondencia de España*, 05.10.1903, p. 3; “La espada de D. Carlos”, *Diario de Navarra*, 05.10.1903, p. 2. Un telegrama del Mayordomo Mayor del rey anunciaba: “Hoy sale para Estella Don Julián Larrainzar encargado de entregar a V.S. el sable cuya devolución al Santuario del Puy ha dispuesto S.M. el Rey” (San Sebastián, 06.10.1903, en: exp. “1903”, AME, C<sup>o</sup> 295, 004/1/09).

71 Se convocó también al enviado del monarca. Estella, 07.10.1903. En: exp. “1903”, AME, C<sup>o</sup> 295, 004/1/09.

72 Acta de la sesión extraordinaria del 07.10.1903, AME, Actas sesiones, lib. 248, 050/2/4, pp. 38v, a 41r. La cita en la p. 39v. El escrito del Mayordomo Mayor, San Sebastián, 05.10.1903, en: exp. “1903”, AME, C<sup>o</sup> 295, 004/1/09.

santuario, los recibió el capellán del mismo, Juan Goicoechea y Lacunza y se hizo la restitución solemne del arma, como quedó recogido en el acta correspondiente<sup>73</sup>. También la prensa se hizo eco del desenlace, como ejemplifica el texto siguiente:

En el acta se hace constar el grato placer que el Ayuntamiento ha sentido al recibir el arma histórica.

Los concejales carlistas están muy complacidos.

El Ayuntamiento en pleno con el ex diputado D. Enrique Ochoa, han subido esta tarde a la real Basílica con objeto de hacer entrega del sable al prior.

Este dijo que recibía agradecido la joya y que esperaba que la Virgen protegiese a los intereses de D. Alfonso como este había protegido los de la Virgen<sup>74</sup>.

El Ayuntamiento mostró su agradecimiento al monarca por haberles devuelto el histórico recuerdo, por lo que se había ganado con ello, indicaba el corresponsal, el elogio unánime del vecindario de Estella. Hubo también quien consideró necesaria una rectificación pública por parte de

la persona que en presencia del Monarca vertió determinadas expresiones acerca de la supuesta desaparición del sable, atribuida a un respetable general que en aquella ocasión cumplió el deber elemental de recoger todas las armas sin conservar en su poder alguna, por valor histórico que pudiera atribuírsela<sup>75</sup>.

Terminaba con ello un asunto que durante un mes proporcionó intriga y alimentó el creciente interés por las noticias sensacionalistas. Incluso un periódico no especialmente dado a los comentarios jocosos, señalaba respecto a la entrega del sable:

Si el hijo estuvo presente, ya sabemos el ceremonial de la entrega, aquello de  
Este es el sable,  
el sable, el sable,  
el sable de papá...  
con música de *La Gran Duquesa*<sup>76</sup>.

73 Acta de la sesión extraordinaria, celebra en la basílica del Puy, el 07.10.1903 (AME, actas sesiones, lib. 248, 050/2/4, pp. 41r a 43r). La nota del capellán, en: exp. "1903", AME, C<sup>a</sup> 295, 004/1/09.

74 "El sable de Don Carlos", *La Correspondencia de España*, 09.10.1903, p. 2; "La espada de Carlos VII", *El Pensamiento Navarro*, 10.10.1903, p. 1. Ya daba la noticia de la partida del comisionado *El Imparcial*, 07.10.1903, p. 1.

75 "El sable de D. Carlos", *La Época*, 09.10.1903, p. 2; lo mismo en *Heraldo de Tarragona*, 11.10.1903, p. 2.

76 *La Correspondencia Militar*, 09.10.1903, p. 3.

En definitiva, el incidente sirvió para insistir en algunas de las críticas al carlismo<sup>77</sup>, por más que se hubieran procurado calmar las inquietudes simbólicas que semejante cuestión hubiera podido provocar. Por una parte, el régimen usó el asunto para reforzar la difusión de Alfonso XIII y congraciarse con la Iglesia, aunque muchos lo aprovecharan para criticar al ejército y especialmente a sus principales generales. En la trastienda del viaje del monarca a Estella latía la voluntad de reconquista de un territorio complicado para los afanes del régimen, donde sus opositores triunfaban con mayor frecuencia de la que deseaba este. Todo el simbolismo puesto en marcha para ello se vio amenazado por el asunto de la espada que era sable, pues volvió a traer al primer plano una presencia carlista que no se había difuminado como se pretendió dar a entender.

Como señalaba un periódico de Madrid, “[l]a nueva reconquista había sido, como se dice en el argot de la calle, un descomunal buñuelo”<sup>78</sup>. Próximas las elecciones municipales, en el mes de noviembre de 1903, se puso de manifiesto que la desactivación política del carlismo no se obtenía con un viaje, pues no se trataba simplemente de una bandera política, sino de un movimiento cargado de referencias y con un arraigo que iba mucho más allá del juego electoral o de intereses. Se trató de poner en juego toda la importancia simbólica que el viaje supuso, y la del propio sable, en beneficio de Alfonso XIII y, por extensión, del régimen de la Restauración. Sin embargo, el carlismo mantuvo controlados los mecanismos de significado y siguió conservando una considerable presencia en el territorio.

A partir de entonces, el sable permaneció en un confortable segundo plano, no olvidado, pero sí ajeno a cualquier nueva controversia, aunque unos años más tarde se lo considerara patrimonio de un carlismo renaciente. Cuando en 1935 Manuel Fal Conde visitó Estella, además de considerar la basílica del Puy como una especie de museo del carlismo, se le mostraron sus contenidos, entre ellos “la espada que Don Carlos usó en campaña y que regaló a la Virgen con una sentida dedicatoria”<sup>79</sup>. Siete décadas después, el sentido del arma seguía vinculando Estella al carlismo, aunque por el camino se mostrara una realidad mucho más plural.

77 Valga como ejemplo el artículo de X.A., “El sable de D. Carlos”, *La Correspondencia Militar*, 14.10.1903, p. 2.

78 “Buñuelos”, *El Liberal*, 19.10.1903, p. 1.

79 “La visita del Señor Fal Conde a Estella”, *El Siglo Futuro*, 12.02.1935, p. 3.